

## UN LIBRO DEL NOTARIO

# Miguel Martí Abrich

y  
algunos detalles  
de la vida  
gerundense  
en el siglo XVI

por ENRIQUE MIRAMBERG BELLUG

En los trabajos de investigación muchas veces no se da con nada referente al tema que se está estudiando, pero salen detalles o noticias inesperadas en la fuente que se utiliza. También algunas veces en un libro antiguo cuyo texto no tiene apenas ningún valor hallamos algo muy valioso en la cubierta, por haberse aprovechado para la encuadernación materiales de escrituras o textos más antiguos que el libro. Estas sorpresas son muy frecuentes en las búsquedas de Archivo.

En la documentación notarial repetidas veces hemos hallado noticias que nada tenían que ver con el motivo de la investigación, pero interesantes en otro aspecto.

Queremos hablar en esta ocasión de un libro notarial, perteneciente a Miguel Martí Abrich, que ejerció su profesión en Gerona en la segunda mitad del siglo XVI. Era miembro de una familia de notarios. En un libro de cuentas, además de inscribir las deudas de sus clientes con motivo de servicios profesionales prestados a los mismos, libros que solían llevar todos los notarios y que muchas veces han servido para localizar documentos interesantes; en dicho libro, pues además de dichas anotaciones figuran cuentas familiares y una pequeña memoria de acontecimientos ocurridos en la ciudad de Gerona entre los años 1545 y 1579. Acontecimientos algunos muy poco trascendentes, pero que nos revelan la vida de nuestra ciudad en aquellos años, en algunos aspectos muy curiosos. Eran muy distintas de las nuestras las preocupaciones de los gerundenses del siglo XVI. La vida de la ciudad, monótona y apacible se veía turbada por la avenida de las aguas o por años de sequía que representaban la ruina para los agricultores del contorno ciudadano y la dificultad del abastecimiento de la ciudad en determinadas y primordiales especies alimenticias. La llegada de personajes importantes, algún cardenal o personas de la familia real rompían la monotonía de la vida ciudadana.

Empieza relatando un gran aguacero que cayó el 14 de septiembre de 1545. Las aguas bajaban tumultuosamente de la montaña (de «las pedreras») y se acumularon detrás de la muralla que está junto a la iglesia de los Dolores, llegando a la altura de mitad de la muralla, por no hallar salida; hasta que pudo romper y deslizarse furiosamente por la bajada de los Dolores, destrozando huertos, el camino y todo lo que hallaba a su paso. Quedó inundada la calle de Ciudadanos. A propósito de esta inundación recuerda que en el año treinta y tres una avenida del Ter encerró en el centro de su curso a siete hombres, que para intentar salvar su vida se encaramaron a los árboles; pero los árboles fueron derribados por la fuerza de las aguas y arrastraron a los siete infortunados, seis de los cuales murieron ahogados en la presa de mossén Cruillas y el séptimo llegó cavalgando en un tronco hasta el Puente Mayor, donde quedó sumergido hallando la muerte.

Relata muy impresionado una catástrofe ocurrida el 9 de Febrero de 1546. Después de haber llovido y quizás como consecuencia de ello, cayó un trozo de muralla de la calle de las Ballesterías. La muralla cayó sobre las casas que están junto al río, aplastándolas y causando la muerte de 19 personas. El hecho ocurrió a las doce de la noche. Dice muy seriamente que después de dar las primeras ocho campanadas ocurrió el derrumbamiento y luego, después de una pausa continuaron las restantes cuatro campanadas de las doce. Un sacerdote, llamado Poncio Borrell, que vivía en una de las casas afectadas, oyó un ruido extraño en la muralla y avisó a sus vecinos, los cuales no le hicieron caso, antes al contrario se burlaban de él. Al poco de alejarse del lugar él y sus familiares ocurrió la catástrofe. Podemos imaginarnos el impacto causado en la silenciosa noche de nuestra tranquila ciudad por aquel estrepitoso derrumbamiento.

El día 18 de Octubre de 1552 otra avenida llevó las aguas del Onyar hasta la calle de Ciudadanos, en la cual se elevó a una altura de tres palmos, altura no recordada por ninguno de los a la sazón vivientes.

El 15 de Diciembre de 1553 una lluvia pertinaz produjo una alarmante crecida del Onyar, tal que hacía temer por la integridad del monasterio de Santa Clara. Los Jurados de la ciudad determinaron que las monjas de dicho convento lo abandonarían hasta que hubiera pasado el peligro. A tal fin acudieron los Jurados, con varios sacerdotes y personas principales de la ciudad y después de convencerlas del peligro que corrían, llevaron montadas en caballos hasta la casa de Agullana, cerca del convento de Santo Domingo. Al día siguiente, fuera ya la amenaza de las aguas, las devolvieron al convento, montadas a caballo y con los rostros tapados con un manto.

En 1557, el día de Santa Catalina, después de cuatro días de persistente lluvia el Onyar llegó hasta el Portal de Buenaventura y el Ter se subió al camino real junto a la capilla de la Virgen del Pilar (de Pedret).

Relata también el ataque de los turcos a Ciudadela, y las barbaridades que allí cometieron, hecho ocurrido en el mes de Julio de 1558.

También deja constancia de la muerte de personas reales, como es el Emperador Carlos V, por cuya alma se celebraron solemnes oficios en la Catedral gerundense. También hace constar la muerte de la reina María, esposa de Felipe II, de las hermanas del emperador, y del Papa Paulo IV, anotando los incidentes ocurridos en Roma en aquella circunstancia.

Anota varios azotes de peste que tuvo que sufrir la ciudad de Barcelona, de los cuales dice se vio libre nuestra ciudad, por la protección de la Virgen y de San Narciso.

En Diciembre 1560 la ciudad y comarca sufrían una pertinaz sequía, lo que indujo a organizar una peregrinación al santuario de Montserrat, para pedir el don de la lluvia. A tal fin el municipio nombró a un representante suyo, y el Cabildo Catedral hizo lo mismo. Los dos elegidos eran sacerdotes, beneficiados de la Catedral. El día 13 de Diciembre, muy de mañana, el peregrino de la ciudad se reunió en la Casa comunal con los jurados, y en comitiva marcharon todos hacia la Catedral. Allí se reunieron con el Cabildo y su peregrino y en procesión presidida por el Sr. Obispo, se dirigieron a la colegiata de San Félix, donde se celebró un oficio. Se reanudó la procesión hasta a salida de la ciudad por el portal d'en Vila. Allí se cantaron los salmos penitenciales y las letanías. El pueblo ofreció abundantes limosnas a los peregrinos, quienes las entregaron al hospital. Después de esta solemne despedida salieron para Montserrat.

El regreso de los peregrinos tuvo lugar el día 23 del mismo mes. Fueron recibidos con la misma solemnidad que a su marcha. La procesión se encaminó a San Félix y de allí a la Catedral, donde se cantó un Tedeum, pues ya se habían producido algunas lluvias, y luego continuó lloviendo. De tal manera que no quedó perjudicada la siembra del trigo.

En el año 1563 se presenta la peste en el hospital, y en el año siguiente se declara en algunas calles de la ciudad. Pudo ser contenida sin haber producido grandes estragos. Algunas familias se habían retirado de la ciudad.

En 1567 de nuevo se produce una gran sequía, y como en anterior ocasión, la ciudad y el Cabildo mandan sus dos peregrinos a Montserrat. Salen con toda solemnidad el día 6 de Abril y regresan el 14 del mismo mes.

La sequía no cesó y la ciudad organizó nuevas rogativas. Esta vez la peregrinación se dirigió a San Feliu de Guíxols. El día 20 de dicho mes de Abril salió muy de mañana una nutrida representación de la ciudad, en la que formaban canónigos, beneficiados, los Jurados, y unas mil personas entre hombres y mujeres. Llevaban las reliquias de los cuatro Santos Mártires, la cabeza de San Félix y la imagen de la Virgen «que Carlomagno había regalado a la Catedral». A las siete de la mañana la procesión salía de la iglesia de San Félix para llegar a la población de San Feliu de Guíxols al toque de oración. Dejaron las reliquias e imagen en la iglesia y al día siguiente se dirigieron a la playa procesionalmente hasta la punta donde se hallaba el castillo de Guíxols. El Vicario del Obispo y varios canónigos, los jurados y muchas personas subieron a varias barcas llevando consigo las reliquias. Tanto la cabeza de San Félix como las reliquias de los cuatro mártires fueron introducidas por tres veces en las aguas del mar, exclamando los concurrentes cada vez: «Senyor ver Déu misericordia». La procesión regresó a la iglesia donde depositaron las reliquias. Después de comer y del

rezo de vísperas, los peregrinos particularmente subieron a San Telmo para besar la imagen del santo.

El martes 22, salió de nuevo la comitiva, en dirección a Gerona. A las seis de la mañana salían de San Feliu y llegaban a Gerona al toque de oración. Aquí eran esperados por religiosos, disciplinantes y muchos devotos que les acompañaron a la Catedral y a San Félix.

Refiere después la construcción de la torre de las horas frente a la casa de la ciudad, en sustitución de una anterior que se había desplomado, sin causar ninguna víctima.

El domingo 12 de Septiembre de 1568 de nuevo las aguas del Onyar se desbordaron por las calles de la ciudad, llegando hasta la plaza del Vino. Pero como el Ter no creció, la inundación no alcanzó más importancia.

En el año 1571 Miquel Martí Abrich ocupó el cargo de primer magistrado de la ciudad, por lo que nos cuenta pormenores que pudo conocer por esta causa. Por una parte dificultades en el suministro de productos alimenticios debidas a una mala cosecha. Por otra parte relata con todo detalle una cuestión de protocolo surgida entre los Jurados y el Obispo con motivo del paso por la ciudad del Cardenal Alejandrino, legado pontificio y sobrino del Papa.

El domingo 27 de Septiembre de 1573 fue bendecida la campana mayor de la iglesia del Carmen, llamada Juana Jerónima.

El jueves, 22 de Octubre de 1573 fue vaciada la campana mayor de la Catedral, en el huerto de la sacristía mayor. La vació el maestro Antonio Senyer, de Gerona. Para ello hizo dos hornos y puso en ellos 160 quintales de metal. El metal empleado procedía de la campana mayor que se había roto, de otra campana y el resto adquirido de nuevo.

Dicha campana mayor fue bendecida el día 21 de Marzo, festividad de San Benito por el

Obispo Fray Benito de Toco, actuando de padrinos Francisco de Marimón, y doña Sicilia, esposa de Ramón Xammar, caballero de Medinyá. La nueva campana, que todavía hoy preside la torre de nuestra Catedral, se llamó Beneta.

Por último nos narra una inundación sufrida por la ciudad el 23 de Diciembre de 1579. Los ríos Ter, Onyar y Güell se desbordaron, alcanzando el agua en las calles de la ciudad alturas que no recordaban ni las personas más viejas, ni estaba escrito en ningún documento antiguo. El agua arrasó todas las huertas de la ciudad, derribó paredes, se llevó tierras, causó estragos en el Puente Mayor, y representó un serio peligro para los habitantes de la ciudad.

Esta inundación y la del 18 de Octubre de 1552, llamada de San Lucas, son las dos únicas que figuran en el libro de Julián de Chía «Inundaciones de Gerona». Las demás que se hallan relatadas por el notario no figuran en la documentación consultada por Chía.

En este libro de cuentas de Martí Abrich, figuran gastos personales y familiares, anotados con todo detalle. Los que le ocasionó la muerte y exequias de su padre, quien también había sido notario de Gerona. Los que le ocasionaron los estudios de su hijo, doctor en Leyes. Relación de los libros que compró para su hijo, con el precio de cada uno de ellos. Relación y precio de las joyas y ropas que compró para la esposa de su hijo, al contraer éste matrimonio. Todo ello trasciende del simple valor personal, para darnos a conocer el importe de determinados objetos, el valor de la moneda, el nivel de vida, las costumbres de la época, etc.

El libro del notario de Gerona Miquel Martí Abrich, puede ser objeto de más detallado estudio y proporcionar muchos datos no sólo curiosos sino también muy importantes para el conocimiento de muchos aspectos de la vida del siglo XVI.

